

Montserrat Guibernau

Los nacionalismos

Ariel Ciencia Política

CAPÍTULO 2

EL CARÁCTER POLÍTICO DEL NACIONALISMO: EL NACIONALISMO Y EL ESTADO-NACIÓN

Para comprender el nacionalismo debemos estudiar sus dos dimensiones: la política y la cultural. Así, por una parte el nacionalismo moldea e intenta hacer frente al auge del estado moderno; mientras, por otra, juega un papel vital como una de las fuentes fundamentales de identidad para los individuos contemporáneos. La idea de nación es la identidad categórica más significativa de las que median entre el individuo autónomo, pero relativamente débil, y fuerzas globales complejas y poderosas. En un sistema mundial en el que los estados-nación son los actores políticos por excelencia, los individuos a menudo pueden trascender su naturaleza finita mediante la identificación con la nación a la que pertenecen. Como señala Giner, el declive relativo de las religiones «sobrenaturales» ha contribuido al surgimiento de una «religión civil»; se refiere con esto a la sacralización de ciertos aspectos de la vida de la comunidad a través de rituales públicos, liturgias políticas o civiles y devociones populares, diseñadas para otorgar poder y reforzar la identidad y el orden dentro de sociedades heterogéneas. En este contexto, la comunidad alcanza la trascendencia mediante sus símbolos y su historia épica.¹

Este capítulo estudia el estado-nación y las ideas que condujeron al surgimiento del nacionalismo en la Europa occidental. Al centrarme en el carácter político del nacionalismo, examinaré la relación entre éste y el estado-nación y acentuaré su papel crucial en el discurso moderno de la legitimidad política. De esta manera, plantearé la distinción entre dos tipos de nacionalismo: el promovido por quienes gobiernan el estado-nación en tanto que mecanismo homogeneizador de la población; y el de las naciones sin estado que se oponen a renunciar a su identidad y ser asimiladas por el estado que las contiene. Analizaré las formas en las que actúan ambos tipos de nacionalismo; el primero utilizando el poder del estado-nación; el segundo desarro-

lizando estrategias que le permitan rechazar a un estado con el cual no se identifica. Al final del capítulo, examinaré la posibilidad de pensar el nacionalismo como una ideología y ponderaré su capacidad para proporcionar una teoría susceptible de guiar la acción política.

Definiciones

A fin de examinar el carácter político del nacionalismo debemos establecer una distinción conceptual básica entre nación, estado, estado-nación y nacionalismo. Por «estado», tomando la definición de Weber, entiendo «una comunidad humana que reivindica (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio dado»,² aunque no todos los estados han conseguido ejercer dicho monopolio y algunos ni siquiera aspiran a conseguirlo. Defino la «nación» como un grupo humano consciente de formar una comunidad, que comparte una cultura común, está ligado a un territorio claramente delimitado, tiene un pasado común y un proyecto colectivo para el futuro y reivindica el derecho a la autodeterminación. La «nación» incluye cinco dimensiones: psicológica (conciencia de formar un grupo), cultural, territorial, política e histórica. Al ofrecer esta definición se pretende enfatizar el carácter específico de la «nación» y diferenciarlo tanto del estado como del estado-nación. Defino el «nacionalismo» como el sentimiento de pertenencia a una comunidad cuyos miembros se identifican con un conjunto de símbolos, creencias y formas de vida concretos, y manifiestan la voluntad de decidir sobre su destino político común.

Pero aún hay otro término que debe distinguirse de los que acabo de mencionar: el estado-nación. El estado-nación es un fenómeno moderno, caracterizado por la formación de un tipo de estado que posee el monopolio de lo que define como el uso legítimo de la fuerza dentro de un territorio delimitado y que busca conseguir la unidad de la población sujeta a su gobierno mediante la homogeneización. Con este fin, el estado-nación crea una cultura, símbolos y valores comunes, restablece o inventa tradiciones y mitos de origen. Las principales diferencias entre una nación y un estado-nación, cuando la nación y el estado no coinciden, y casi nunca lo hacen, son las siguientes: mientras que los miembros de una nación son conscientes de formar una comunidad, el estado-nación se esfuerza por crear una nación y desarrollar un sentido de comunidad a partir de ella; mientras que la nación disfruta de una cultura, unos valores y unos símbolos comunes, el estado-nación se marca como objetivo la creación de los mismos. Los miembros de una nación pueden fijar su vista en el pasado y reconocer una historia compartida; si los integrantes de un estado-

nación realizan un ejercicio similar pueden encontrar un cuadro vacío —porque dicho estado-nación simplemente no existía en el pasado—, o una imagen fragmentada y diversa como producto de los distintos grupos étnicos, naciones, o partes de las mismas que se desarrollaron en su actual territorio. Los individuos que forman una nación tienen un sentido de patria y se sienten ligados a un territorio; el estado-nación puede derivar de un tratado, o de la voluntad de los políticos que en un momento determinado deciden trazar sus fronteras. Sólo tenemos que echar una ojeada a los diferentes mapas de Europa que surgieron del Congreso de Viena de 1815, del Tratado de Versalles tras la primera guerra mundial, de las modificaciones que siguieron a la derrota de Hitler en 1945, y de la presente reconfiguración de la Europa del Este después del desmoronamiento de la Unión Soviética.³

Sin embargo, no todos los teóricos ponen el mismo énfasis en el significado del aspecto político del nacionalismo al formular su definiciones. Así, mientras Gellner plantea que «el nacionalismo es básicamente un principio político, que sostiene que la unidad política y la unidad nacional deberían ser congruentes»,⁴ Giddens destaca el carácter psicológico del nacionalismo entendido como «la afiliación de los individuos a un conjunto de símbolos y creencias que acentúan la comunidad entre los miembros de un orden político»;⁵ Giddens, sin embargo, parece dejar de lado el carácter político del nacionalismo al ignorar la reivindicación nacionalista por excelencia, esto es, el deseo de crear un estado propio. Kohn también propugna una definición psicológica del nacionalismo, al describirlo como «un estado de la mente en el que se siente que la lealtad suprema del individuo se debe al estado-nación».⁶ Esta definición es la más limitada de cuantas hemos citado ya que asocia el nacionalismo de forma exclusiva con el estado-nación; de esta manera, Kohn automáticamente excluye el nacionalismo de las naciones sin estado, ignorando así una de las manifestaciones más potentes del nacionalismo de nuestro tiempo. En mi opinión, para comprender el nacionalismo es imprescindible considerar el deseo de conseguir y ejercer el poder del estado, tanto en lo que se refiere a la reivindicación de crear un estado independiente como al proceso de su construcción.

El origen de las naciones

El origen de las naciones es una de las cuestiones más controvertidas en el análisis del nacionalismo y en particular de sus implicaciones políticas. Existen dos posturas fundamentales: la primera supone que la nación es algo natural. Schleiermacher nos habla de la

nación como de «una división natural de la raza humana, que Dios ha dotado de un carácter propio»; cada nacionalidad, afirma, está destinada mediante su organización peculiar y su lugar en el mundo a representar cierto aspecto de la imagen divina; puesto que es Dios quien asigna directamente a cada nacionalidad una tarea definida en la Tierra y le infunde un espíritu definido, a fin de glorificarse a sí mismo a través de cada una de manera peculiar.⁷

Herder, siguiendo la misma línea de argumentación, considera cada nacionalidad como una manifestación de lo divino y, por tanto, como algo sagrado que debe ser cultivado y no destruido, «puesto que la nación es tan natural como una planta, una familia, sólo que tiene más ramas». ⁸ La versión sociobiológica de este argumento afirma que la etnicidad es una extensión del parentesco y que el parentesco es el mecanismo habitual para la persecución de fines colectivos en la lucha por la supervivencia.⁹

La segunda postura sostiene que la nación y el nacionalismo son fenómenos modernos. Gellner observa una gran paradoja en el hecho de que las naciones sólo pueden definirse en términos de la época del nacionalismo en vez de al revés, como cabría esperar: «Debemos admitir que el nacionalismo utiliza la proliferación de culturas o riqueza cultural preexistente, heredada históricamente, aunque la emplea de forma muy selectiva, y casi siempre la transforma radicalmente.»¹⁰ Según Gellner, puede explicarse el nacionalismo como un corolario inevitable, o al menos natural, de algunos aspectos específicos de la modernización. Es un fenómeno conectado con el surgimiento de la sociedad industrial.¹¹ Giddens entiende que tanto la nación como el nacionalismo constituyen propiedades distintivas de los estados modernos y sitúa el surgimiento del nacionalismo a partir de finales del siglo XVIII.¹² Anderson también señala que la nacionalidad, la «nación» (*nation-ness*) y el nacionalismo son artefactos culturales creados hacia finales del siglo XVIII.¹³

En mi opinión, ambas perspectivas presentan insuficiencias. Los autores que se basan en la «naturalidad» de las naciones simplifican el concepto al incluir todo tipo de grupo humano, desde los períodos más remotos, en esta categoría. Las teorías que defienden la modernidad de la nación y del nacionalismo ignoran las raíces históricas de las comunidades étnicas que se transformaron en naciones y más tarde se convirtieron, aunque sólo algunas, en estados-nación. A fin de comprender el nacionalismo y la nación, debemos contrastarlos con formas preexistentes de identidad y lealtad colectivas. De acuerdo con la interpretación de Barth, los grupos tienden a definirse a sí mismos no por referencia a sus propias características sino por exclusión, es decir, por comparación con «extranjeros». ¹⁴ Alrededor del siglo VIII, la

gente que vivía en lo que ahora se conoce como Gales (Wales) fue encerrada en su territorio tras un gran dique y un terraplén, contruidos por un pueblo invasor que les llamaban extranjeros (*weallas*).¹⁵ Sólo después de un largo proceso histórico podemos encontrar grupos humanos que satisfacen los requisitos que hemos atribuido a la nación, esto es, conciencia de formar una comunidad, una cultura común, adhesión a un territorio claramente delimitado, un pasado común y una voluntad de decidir su destino político.

Considero que la nación no es un fenómeno puramente moderno. Si examinamos los cambios en la organización de la sociedad a lo largo del tiempo veremos cómo, después de la caída del Imperio romano y la subsiguiente desintegración del carolingio, Europa occidental se dividió en feudos relativamente pequeños y en áreas de influencia que, mediante conquista, matrimonio y anexión, crearon unidades más grandes que desarrollaron un sentido de comunidad, especialmente por medio de la guerra contra otros grupos. Huizinga sostiene que las Cruzadas, lejos de unir en la fe a aquellos que estaban divididos por la lengua, la filiación y la lealtad, reforzaron las enemistades nacionales de los pueblos de la Cristiandad latina que debieron enfrentarse de nuevo acerca de los equipos de guerra, el orden de batalla, y en una rivalidad más o menos santificada.¹⁶

En el período que siguió a la desintegración del imperio de Carlomagno tuvo lugar el proceso de consolidación de cada una de las diferentes culturas que surgieron en Europa. Obras como el *Cantar de Mio Cid* o la *Chanson de Roland* se considerarían más tarde como ejemplos de culturas nacionales incipientes en un territorio en el cual la elite había utilizado tradicionalmente el latín como única lengua escrita. A partir de entonces, aunque el latín continuó siendo la lengua principal utilizada por eruditos, clérigos y políticos, se inició una lenta pero firme consolidación de las lenguas vernáculas. El marco en el que la conciencia nacional y el sentido de patria iban a desarrollarse en Europa fue establecido alrededor del año 1100.¹⁷

Smith, cuando trata de resolver el problema de la elección entre una teoría «natural» o una teoría «moderna» del origen de las naciones introduce el concepto de *etnie* o comunidad étnica. Analiza la naturaleza, las formas y el contenido de sus símbolos, sus memorias históricas y sus valores centrales, que sintetiza en el complejo «mito-símbolo». En la opinión de Smith, «es la *etnia* y no las naciones, la etnicidad y no la nacionalidad, el etnicismo y no el nacionalismo, lo que predomina en la vida social y cultural de la Antigüedad y la Alta Edad Media en Europa y el Oriente Próximo». ¹⁸ El análisis de lo que Smith denomina «el origen étnico de las naciones» contribuye a la comprensión de las raíces del proceso de su formación; sin embargo,

no considero que su definición de la nación, y en particular la diferencia que establece entre naciones «étnicas» y «territoriales», sea adecuada; la nación «territorial», según Smith, se basa en un cierto sentido de territorio y sus características son: la comunidad de leyes e instituciones legales, un sentido de la ciudadanía y una cultura común. La nación «étnica» presume un origen y filiación comunes, reflejados en las crónicas y en las genealogías.¹⁹

A mi juicio, es básico reconocer la capacidad de los individuos para la adhesión emocional y la identificación con objetos externos cambiantes, como una característica permanente cuyo nivel e intensidad varían con el tiempo. El parentesco representó un primer paso en este sentido, aunque más tarde sería sustituido por formas más sofisticadas de identificación y lealtad. La Edad Media permitió la formación de grupos más grandes ligados a un territorio concreto. La creación de mercados, la intensificación del comercio, las guerras y el lento pero progresivo ensanche del radio de acción del estado provocaron la emergencia de una conciencia de formar comunidades específicas. Es precisamente en este momento cuando podemos hablar del surgimiento de las naciones.

Ahora bien, una vez creadas, estas naciones han disfrutado de una vida política común durante diferentes períodos de tiempo, dependiendo de circunstancias históricas particulares, y han seguido destinos políticos diferentes; algunas se disolvieron, otras se transformaron en estados-nación, o se dividieron y fueron absorbidas por otros estados. Considero el hecho de que algunas naciones hayan sobrevivido y creado sus propios estados, mientras otras eran divididas o incluidas en otros estados, como fruto de un mero accidente histórico.

Ciudadanía y soberanía popular

Se suele situar el auge del estado-nación y del nacionalismo a finales del siglo XVIII y vincular su surgimiento con las ideas que dieron lugar a la Revolución americana de 1776 y la Revolución francesa de 1789. El estado-nación apareció como producto de un proceso multidimensional que cambió las relaciones de poder en la sociedad. Los elementos principales de dicho proceso incluían: la consolidación de unidades territoriales por parte de estados burocráticos absolutistas que por primera vez en la historia fueron capaces de mantener el monopolio de la violencia dentro de sus territorios; la transformación de los límites de los estados en fronteras claramente establecidas; el surgimiento de la burguesía como una nueva clase social especialmente receptiva a las ideas de la Ilustración; y el nuevo papel de los monarcas y gobernantes respecto a los gobernados. Hasta el siglo XVIII era

habitual legitimar el derecho a gobernar apelando a la voluntad de Dios, a la sangre real o a la fuerza física superior. Un cambio radical tuvo lugar como consecuencia de la expansión de las nuevas ideas de los *philosophes*, que acentuaban el culto a la libertad, la igualdad y especialmente la soberanía popular.

El concepto de ciudadanía está estrechamente vinculado con la idea de que el poder del estado emana de la voluntad del pueblo. Así pues, mientras que la tradición greco-romana, secundada por la costumbre, el derecho y la educación, había promovido la lealtad a la ciudad, el más complejo modelo medieval de relaciones inhibió durante siglos el desarrollo de un concepto cívico comparable, puesto que tanto la Iglesia como el príncipe exigían lealtad. Como subraya Heater, tanto en la era medieval como en la moderna existe una tensión constante entre un sentido «regional» de la identidad y otro ligado al estado-nación emergente; «y sin embargo —escribe—, al lado de este proceso de integración nacional persistieron en gran medida sentimientos de identidad local o regional, sostenidos por recuerdos de tradiciones independientes y hábitos lingüísticos separados». Solamente en momentos de crisis nacionales, un cierto sentido de lealtad para con la nación conseguiría relegar temporalmente un sentir localista. «El francés medieval era un *sujeto* del monarca capeto, no un *ciudadano* de Francia; igualmente, el término “ciudadano” era bastante inadecuado para describir la relación de un inglés con su país. En la práctica, el término fue limitado durante la Edad Media a la relación de derechos y deberes libremente ejercitados en una ciudad o villa» (la cursiva es mía).²⁰

En los siglos XIII y XIV, como consecuencia del renacimiento de la teoría política de Aristóteles se produjo una restauración del concepto de ciudadanía en un sentido político. A ello siguió inmediatamente una extensión del concepto gracias a la proliferación de estudios de derecho e historia de Roma. Bartolus de Sassoferrato, tras estudiar el principio romano de soberanía y el concepto de derecho consuetudinario, concluyó que éstos justificaban la creencia de que el pueblo, entendido como un todo, debería poseer el poder soberano último y que solamente en los estados donde se mantuviera dicho principio, el pueblo podría ser efectivamente libre. Marsilius de Padua, sin embargo, dudaba acerca de la conveniencia de conceder a los estamentos inferiores de la sociedad una carta de plena ciudadanía; sostenía que la constitución de un estado debería ser determinada por los ciudadanos, y que en ningún caso podía haber un buen gobierno o un gobierno estable sin el consentimiento de los mismos.²¹

En el siglo XVII, Locke acentuó aún más la necesidad del consentimiento popular para legitimar el gobierno. Al atacar la monarquía

absoluta, Locke afirmó que el estado debía proteger las vidas y las libertades de sus ciudadanos, de modo que sus necesidades y deseos gozaran de clara prioridad y fueran considerados como un derecho absoluto. No obstante, el centro del debate se situó rápidamente en la cuestión de quién debería ser considerado un «ciudadano», es decir, quién podría ejercer el derecho al voto.

El concepto de soberanía popular del siglo XVIII englobaba a «todo el pueblo», aunque en un primer momento se asumía que los ciudadanos más educados e ilustrados deberían conducirlo e introducirlo gradualmente a la vida política. Los revolucionarios, al sostener que el principio de soberanía residía esencialmente en la nación, afirmaban que ésta era algo más que el rey y la aristocracia. La autodeterminación nacional resultó ser una de las interpretaciones más frecuentes de la soberanía popular: «En base al principio que defendían los revolucionarios, se cuestionó el título de todos los gobiernos existentes; puesto que éstos no derivaban de la soberanía de la nación, sino que eran usurpadores con quienes ningún acuerdo podía ser vinculante y a quienes ningún sujeto debía lealtad.»²² Los nuevos principios introdujeron un estilo inédito de hacer política, en el que la expresión de la voluntad popular desautorizaba tratados y acuerdos, disolvía lealtades y, mediante una simple declaración, hacía ilegal cualquier acto.

Pero la consecución de los derechos de ciudadanía no fue en absoluto un proceso fácil, ya que tuvo que enfrentarse a la oposición de la mayor parte de los sectores más privilegiados de la sociedad. La conquista de los derechos de ciudadanía debe ser interpretada como el fruto de un lento proceso que se inició con la Revolución francesa, dio un paso atrás con el bonapartismo y la Restauración de 1815, pero continuó presente ya que los ideales franceses de ciudadanía y gobierno constitucional proporcionaron un modelo sobre el que los liberales europeos de principios del siglo XIX acuñaron sus demandas.

La degradante condición del proletariado nacido de la Revolución Industrial propició la oportunidad y fue el motivo generador de una conciencia política expresada en la formación de diferentes tipos de organizaciones, algunas de las cuales luchaban por reformas económicas y sociales, por ejemplo los sindicatos. Una de las razones más poderosas que explica el éxito de las demandas proletarias fue el miedo a las consecuencias violentas de una resistencia continuada; como señala Heater, el recuerdo de 1789, refrescado por las revoluciones de 1848, permanecía muy vivo en la memoria colectiva. Fue necesario luchar para conseguir los derechos políticos. En la mayoría de los países europeos, el sufragio estaba limitado a los ciudadanos varones que poseían ciertos ingresos —Francia en 1830 contaba con una po-

blación de unos 30 millones de personas mientras que su electorado se reducía a 90.000 individuos—. Pero la riqueza, aunque constituía la principal condición para el sufragio, no era en absoluto la única; la confesión religiosa también podía privar a un hombre del derecho al voto, en particular si se trataba de un católico en un estado protestante, o de un judío. En Gran Bretaña los católicos tuvieron que esperar hasta 1829 y los judíos hasta 1858 para conseguir el derecho al voto.

En los Estados Unidos la cuestión de la ciudadanía ganó en complejidad debido a los problemas constitucionales y legales emanados de su condición de estado federal y de la institución de la esclavitud. En 1865, la Decimotercera Enmienda abolió la esclavitud, eliminando así cualquier distinción entre blancos y negros. Una Decimoquinta Enmienda fue necesaria para confirmar que: «el derecho al voto de los ciudadanos de los Estados Unidos no puede ser juzgado o limitado por los EEUU, o por ningún estado, en base a la raza, color o condición previa de servidumbre».²³ Sin embargo, la lucha por conseguir la igualdad completa entre los individuos de raza y color diferentes está lejos de su resolución y aún persiste en nuestros días.

El sufragio universal para los hombres fue en su mayor parte obtenido a principios del presente siglo; las mujeres tuvieron que esperar bastante más. Los primeros grupos que se organizaron activamente para promover los derechos de las mujeres datan del período inmediatamente posterior a la Revolución francesa. Marie Gouze, líder de uno de los clubs parisinos de mujeres que se crearon en aquel tiempo, redactó un informe titulado «Declaración de los Derechos de las Mujeres», basado en la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano», el documento constitucional más importante de la Revolución.²⁴ No obstante, el panfleto de Gouze contó con una respuesta menos que positiva por parte de los líderes revolucionarios varones —fue ejecutada en 1793—. En el siglo XIX el feminismo avanzó con mayor ímpetu en los Estados Unidos; en una reunión celebrada en las Seneca Falls en 1848 se constituyó un movimiento feminista y se proclamó una «Declaración de Sentimientos», que conscientemente se hacía eco de la «Declaración de Independencia» y proclamaba como verdad autoevidente la igualdad entre hombres y mujeres.²⁵ A pesar de esta iniciativa, durante este período se avanzó poco en la mejora de la posición social y política de las mujeres, que debieron esperar hasta 1920; fue entonces cuando la Decimonovena Enmienda concedió el sufragio femenino. La intensidad del prejuicio contra la implicación de las mujeres en los asuntos públicos en el siglo XIX aparece crudamente ilustrada por la decisión de Napoleón de excluir ex-

plícitamente de derechos legales a los menores, los criminales, los deficientes mentales y las mujeres, al codificar el derecho civil francés.²⁶

En Gran Bretaña, el libro de Mary Wollstonecraft *A Vindication of the Rights of Women* (1792) aparece como un predecesor del feminismo, que aún tardaría en desarrollarse. Cuando en 1866 se presentó en el Parlamento una petición firmada por 1.500 mujeres exigiendo que las reformas electorales que se estaban discutiendo incluyesen derechos plenos al sufragio para las mujeres, la petición fue ignorada; al año siguiente, sus organizadoras establecieron la Sociedad Nacional para el Sufragio de las Mujeres. La campaña para el sufragio parlamentario dio lugar a una áspera lucha que sólo fue coronada con el éxito después de la primera guerra mundial, cuando se concedió el derecho al voto a las mujeres como respuesta al papel crucial que desempeñaron durante la guerra. En Bélgica, Francia, Italia y Japón las mujeres tuvieron que esperar a la segunda guerra mundial para conseguir el sufragio, mientras que un país tan avanzado como Suiza no permitió la participación de las mujeres en la elecciones federales hasta 1971.

Como he tratado de mostrar más atrás, el proceso de traducción de la idea de soberanía popular en el sufragio universal adulto requirió una lucha dura y larga, durante la cual los principios inspiradores de la Revolución de 1789 iniciaron un proceso lento, pero constante, penetrando gradualmente en la mentalidad, primero de las clases educadas, y más tarde de las masas de los diferentes países europeos. Otra característica relevante de la Revolución francesa es el énfasis otorgado a la educación, que resultó en la creación del «primer sistema exhaustivo de enseñanza nacional a fin de educar nuevas generaciones de ciudadanos virtuosos y patriotas».²⁷ Sólo una educación común, se creía, podría forjar la unidad de la patria y la unión de sus ciudadanos.

Este contexto hizo posible el auge del nacionalismo como mecanismo que resultó ser extraordinariamente útil a la hora de reconducir la lealtad de un pueblo lejos del monarca. La monarquía de derecho divino constituía un recurso elegantemente simple, capaz de evocar una adhesión emocional. Pero, como observa Heater, un agregado de ciudadanos soberanos apenas podía realizar esa función. Fue así como la nación, personificada a través de símbolos y rituales, que simbólicamente recrean un sentido de «pueblo», se convirtió en el centro de un nuevo tipo de fidelidad. La división de Europa en estados-nación favoreció la definición de la ciudadanía por la nacionalidad, así como también por los derechos legales, políticos y sociales, y todo ello contribuyó a hacer efectivo el nacionalismo. Así, como indica Heater, la Revolución francesa politizó el concepto cultural de la nacionalidad y, a continuación, durante la mayor parte del siglo XIX,

la vinculación del nacionalismo con la soberanía popular alentó a los liberales de la Europa central y del sur a conspirar y a agitar en pos de la realización de este ideal en sus propias tierras.²⁸

La nación cultural

La convicción principal del nacionalismo romántico es que la nación forma y moldea la cultura, un modo de vida particular y las instituciones sociales más importantes. Todo ello son expresiones de una fuerza unitaria que normalmente se define como el alma, la mente o el espíritu de un pueblo; en el lenguaje de Hegel, el *Volksgeist* o el carácter de una nación. La lengua se considera como la forma de expresar una percepción particular de la vida y del mundo; el interés por la lengua va acompañado de un interés específico por la historia, el pasado glorioso, mitos de origen, costumbres, modos de vida y las ideas de un pueblo particular: «El nacionalismo romántico toma la cultura como su punto de partida, no el estado, y los pensadores románticos como Herder dan la espalda a la sofisticada cultura de los intelectuales y de las elites fijándose en la cultura de las gentes sencillas, pre-intelectuales, del *Volk*.»²⁹

El nacionalismo romántico podría entenderse, observa Nipperdey, en tanto que reacción a la hegemonía intelectual europea basada en el predominio intelectual de la Ilustración de estilo francés, y también a las tendencias imperiales de los jacobinos y de Napoleón, ejemplificadas en la ocupación y explotación de naciones y en la amenaza de uniformización europea. Pero el nacionalismo romántico sintoniza mejor con las condiciones de las naciones sin estado, o con el firme rechazo de los estados existentes en caso de no coincidir con una nación única. El énfasis en la identidad lingüístico-cultural cumplió una función y contó con un significado diferente para los pueblos sin estado del que tuvo para los estados nacionales. Por ejemplo, el nacionalismo romántico impactó profundamente en Cataluña; aunque las invasiones napoleónicas generaron sentimientos de patriotismo tanto español como catalán, alrededor de 1840 asistimos al inicio de una cierta glorificación del pasado de Cataluña. Entre 1833 y 1866 tomó cuerpo una iniciativa intelectual de revitalizar la cultura y la lengua catalanas conocido como *Renaixença*. No obstante, el nacionalismo romántico no sólo contribuyó a la creación de nuevos estados-nación, como en el caso de Alemania o de Italia, sino que también floreció en estados-nación ya constituidos, como Francia.³⁰

Así, mientras el nacionalismo de la Revolución francesa se centraba en una dimensión política, acentuando la igualdad entre los

hombres (aún no se incluía a las mujeres) y proclamando la soberanía popular como la única vía para legitimar el poder de los gobernantes, las ideas del romanticismo alemán otorgaron un nuevo carácter y una fuerza inusitada al nacionalismo al enfatizar la lengua común, la sangre y la tierra, como elementos constitutivos del *Volk*.

Pero al estudiar el nacionalismo no debemos olvidar su «rostro de Jano», ya que si bien es posible establecer lazos muy estrechos entre el nacionalismo, la soberanía popular, la democracia y la originalidad cultural, sería incorrecto ignorar el uso del nacionalismo por regímenes como el fascismo y el nazismo. Estos regímenes acentúan el valor de la raza como símbolo nacional y defienden la superioridad de unos pueblos sobre otros explotando los sentimientos nacionalistas y transformándolos en un tipo de nacionalismo definido por un carácter exclusivista, xenófobo, expansionista y opresivo.

Hasta aquí he descrito el proceso de formación del estado-nación moderno y he mostrado hasta qué punto es diferente tanto del estado como de la nación, aunque en la actualidad la mayoría de los teóricos que utilizan el término «nación» claramente se refieren al «estado-nación». He situado el surgimiento del estado-nación en la Europa de finales del siglo XVIII como el resultado de un proceso multidimensional que cambió las relaciones de poder en la sociedad y cuyos elementos principales fueron: la consolidación de unidades territoriales por medio de estados absolutistas burocráticos; la transformación de los límites territoriales en fronteras claramente definidas; el auge de la burguesía; el nuevo papel de los gobernantes y, especialmente, la difusión de las ideas de la Ilustración (en particular la de «soberanía popular»), que condujo a la formación de grandes unidades, que sólo ocasionalmente consiguieron unir a los miembros de la nación cultural bajo el poder del estado.

El estado-nación y el poder

No es hasta el siglo XIX cuando encontramos una Europa dividida en estados-nación claramente definidos. A partir de este momento el estado-nación es reconocido como la unidad de poder político por excelencia, no sólo en Europa occidental, sino también en el resto del mundo. En el siglo XX, el estado-nación continúa siendo el actor principal en las relaciones internacionales y se mantiene como el símbolo de estatus que permite la entrada en la sociedad mundial.

Como subraya Giddens, deberíamos entender la proliferación de instituciones internacionales similares a la Liga de las Naciones, creada después de la primera guerra mundial, como expresión de una

necesidad reconocida de supervisión reflexiva del sistema mundial de estados que confirmó la primacía del estado-nación en tanto que forma política universal de la época presente. El desarrollo de agentes supranacionales tuvo como efecto a largo plazo la ratificación de la preeminencia del estado-nación. Esto fue así porque «un estado sólo puede ser soberano dentro de un sistema compuesto por otros estados soberanos, que reconozcan su soberanía; en ello se detecta una presión fuerte para el reconocimiento mutuo en tanto que iguales, cualquiera que sea la situación presente en relación al poder diferencial».³¹

El poder del estado juega un papel fundamental en todo el proceso de formación del estado-nación y es básicamente gracias a dicho poder que los territorios se unen mediante anexión o conquista. El poder también resulta crucial a la hora de definir el estado moderno, tanto a través de sus fronteras bien delimitadas, como de su capacidad para mantenerlas mediante el monopolio de la violencia. Ésta se ejerce dentro de las fronteras del estado-nación, pero también se practica al defender los intereses propios en contra de los de otros estados.

El poder del estado sobre sus ciudadanos se ejerce de maneras diversas. Primera, por su capacidad para imponer y recaudar impuestos, que es una de las características centrales del estado y algo que afecta la vida cotidiana de los ciudadanos. Segunda, el estado, al establecer los derechos y deberes de los ciudadanos entre sí, y entre éstos y él mismo, simultáneamente les confiere poder y les constriñe. Tercera, el estado moderno, gracias al desarrollo de la tecnología, ha incrementado y sofisticado su capacidad para controlar a sus ciudadanos; la enorme expansión de su campo de acción le permite clasificar a los ciudadanos de acuerdo con su sexo, riqueza, religión, edad, etc., distinguiendo entre los que gozan de buena salud, los enfermos, los perturbados, los productivos o improductivos; todo ello da lugar a un aumento de la presencia del estado en la vida cotidiana.

El estado moderno también goza de la capacidad de controlar dos elementos que, por su función en la reproducción y modificación de la cultura, adquieren una trascendencia extraordinaria en los procesos de homogeneización de la población: los medios de comunicación de masas y la educación. Gellner acentúa la importancia sin precedentes de la comunicación y de la cultura en las sociedades industriales —ambas resultan cruciales en su teoría del nacionalismo—. «La cultura —escribe— es ahora el medio compartido necesario, la sangre vital o más bien la atmósfera mínima compartida, en la cual únicamente los miembros de la sociedad pueden respirar, sobrevivir y producir.»³² Pero la cultura, según él, no puede sobrevivir sin su caparazón político: el estado. Gellner señala: «El estado toma el control

de la calidad en esta importantísima industria, la producción de seres humanos viables y utilizables.»³³

Finalmente, y teniendo en cuenta que el estado-nación adquiere parte de su relevancia del hecho que vivimos en un mundo políticamente organizado en estados-nación en competencia, debemos mencionar la capacidad para hacer la guerra como la manifestación suprema del poder del estado más allá de sus fronteras.

Un elemento decisivo del estado moderno es la necesidad de legitimar su poder. Como producto de las ideas sobre la igualdad, la libertad y la soberanía popular, difundidas primero por el liberalismo y luego por doctrinas como el marxismo, la democracia se ha venido aceptando normalmente en Occidente como la «mejor» forma de gobierno. Encontramos dos interpretaciones divergentes de la democracia moderna. Por una parte, el análisis marxista intenta explicar los orígenes de la participación democrática en términos de la dinámica de clases; el capitalismo y la lucha de clases condujeron a la reivindicación de las «libertades burguesas» —un conjunto de libertades civiles y políticas—, que se proponían a modo de derechos universales aplicables en principio a toda la humanidad. Otros pensadores, como Bendix, intentan invertir el análisis marxista al plantear que «mientras las luchas por los derechos civiles y políticos bajo ciertas circunstancias históricas se encontraban integradas en los conflictos de clase, las primeras tenían de hecho primacía sobre los segundos [...] Así, las luchas que Marx interpretó como el prototipo del conflicto de clases en la Europa del siglo XIX son consideradas un intento por parte de los grupos excluidos de conseguir la plena participación en el sistema político democrático».³⁴

Cualquiera que sea la interpretación que escojamos, debemos reconocer que el desarrollo de una conciencia general sabedora de que el poder político depende de las capacidades colectivas, constituye una de las características principales de nuestro tiempo; de ella surge el esfuerzo de los estados modernos por aparecer como la expresión de la voluntad del pueblo. Pero no sólo los gobiernos elegidos por sufragio universal pretenden ser legítimos en el sentido que acabamos de mencionar; los gobiernos elegidos por medios más dudosos y aun las dictaduras también se proclaman como la expresión de la voluntad popular.

Estados «legítimos» e «ilegítimos»

La democracia implica la soberanía popular y la autodeterminación nacional puede ser considerada como su última consecuencia.

En este contexto distinguiré entre estados «legítimos» e «ilegítimos». Por estado «legítimo» me refiero a aquella situación en la que el estado se corresponde con la nación; por estado «ilegítimo» entiendo un estado que incluye en su territorio naciones diferentes o partes de otras naciones. Esta distinción es fundamental para mi planteamiento, puesto que de ella depende el desarrollo de diversos tipos de nacionalismo.

Si nos fijamos en el primer caso —cuando la nación y el estado son coextensivos— observaremos que este último favorece el nacionalismo, en tanto que instrumento homogeneizador que permite aumentar el grado de cohesión de su población. La relación del estado con sus ciudadanos no se basa únicamente en un vínculo político, sino que el origen de esta relación política se interpreta como expresión de la relación multidimensional que deriva de la idea de formar una nación, es decir, de constituir una comunidad que comparte todos o algunos de los siguientes elementos: cultura, territorio, economía, lengua, religión, etc. El resultado de esto es la creación de algún tipo de personalidad que acentúa las características de los ciudadanos de una nación particular en contraste con las de otros. En este proceso el nacionalismo recurre a elementos preexistentes de la cultura de la nación, pero no únicamente reaviva tradiciones, también las inventa y las transforma. En este tipo de sociedad, donde el estado coincide con la nación, el nacionalismo no siempre se manifiesta explícitamente, sino que penetra la vida cotidiana y sólo adquiere un lugar preeminente en situaciones específicas, en las que se cuestiona la integridad del estado-nación, está en peligro, o cuando hay la necesidad de defender algunos intereses —véase, por ejemplo, la reacción británica a la guerra de las Malvinas—. En algunos casos, los políticos también invocan razones nacionalistas al tratar de justificar medidas políticas concretas, por ejemplo: «es lo mejor para nuestro país», «no debemos consentir que nuestro país quede atrás».

La situación cambia radicalmente cuando nos encontramos frente a lo que denomino estado «ilegítimo». La inclusión de diferentes naciones o partes de naciones dentro de un estado normalmente da lugar al predominio de una nación sobre las demás; el problema es que lo que constituiría una alternativa teóricamente admisible —la convivencia de varias naciones bajo el poder de un único estado que se ocupa de ellas por igual—, normalmente conduce a una situación en la que el estado discrimina a algunas de sus partes y beneficia a otras. Mientras que todos los individuos que viven en el territorio de un estado son considerados «ciudadanos» con los mismos derechos y deberes, con el mismo pasaporte y pagando los mismos impuestos, existe algún tipo de discriminación derivada del hecho de que el esta-

do intenta, como en el primer caso que hemos analizado aquí —coincidencia de la nación y el estado—, inculcar una cultura común, un conjunto de símbolos y valores, y llevar a cabo un programa de homogeneización que no respeta las diferencias culturales entre sus ciudadanos. Esto es así porque el estado, para reforzar su legitimidad, procura crear una nación única; además, siempre es más fácil gobernar si se consigue generar un sentimiento de comunidad entre los ciudadanos, que presuma la existencia de otros vínculos aparte del estrictamente político.

Pero si éste es el caso en muchos estados-nación europeos, una cuestión adicional sumerge en relación con el origen de muchos estados poscoloniales —o «naciones-estado»—, basados en aparatos estatales originariamente establecidos por las sociedades colonizadoras sin tener en cuenta las unidades culturales que incluían. Bajo estas circunstancias, el nacionalismo ha jugado a menudo un papel significativo en la activación de movimientos sociales que estimulan la transición a la estatalidad independiente. Pero surgen muchos problemas cuando el nacionalismo se revela de forma exclusiva como un mecanismo utilizado por las elites que intentan conseguir el poder del estado y no triunfa en su intento de proporcionar un «mito de origen» único y un conjunto de rasgos y creencias con los que los ciudadanos —que pertenecen a culturas diferentes— puedan identificarse.

Cuando la nación y el estado no son coextensivos, hay dos salidas potenciales. El estado puede tener éxito en su intento y asimilar las diferentes naciones que existen dentro de su territorio; esto supone la aniquilación de las culturas de las minorías nacionales y la integración de éstas en la cultura principal, dando lugar a la formación de un estado-nación coextensivo. Pero ¿qué sucede si el estado no consigue asimilar las minorías nacionales y éstas lo perciben como una institución «ajena»? En estas circunstancias los individuos se sienten como «extranjeros» con respecto al estado y éste es percibido como una institución que les es ajena; esto conlleva una falta de identificación con la política y los intereses del «estado ajeno». Además, en tanto que «extranjero», se ve al estado como «usurpador», y esto facilita el desarrollo de un fuerte sentido de comunidad entre los miembros de la minoría que se opone a los procesos homogeneizadores iniciados por el estado. En esta situación, y con el fin de sobrevivir, las minorías nacionales elaboran estrategias para rechazar los procesos uniformadores del estado. Contra el nacionalismo inspirado por el estado aparece un nacionalismo de las naciones «artificialmente incluidas» en el estado; este nacionalismo adopta como tarea principal el repudiar el poder del «estado ajeno». Cabe distinguir dos tipos de

estrategias principales en contra del estado: la resistencia cultural y la lucha armada.

Por «resistencia cultural» entiendo la tarea de mantener la vida intelectual de la nación, manifestada a través de diferentes formas y niveles de expresión, que dependen del grado de represión que ejerce el estado. Es imprescindible hacer hincapié en la trascendencia del papel que juega el campesinado en los procesos de resistencia cultural. La burguesía de las grandes ciudades puede sentir la tentación de adoptar la cultura del «estado ajeno» como medio para alcanzar posiciones de poder. Esto tuvo lugar en España durante la dictadura de Franco cuando, en Barcelona, algunos sectores de la burguesía hablaban en «castellano» en vez de en «catalán» porque ello les facilitaba el acceso a los círculos de poder. Esta situación, sin embargo, rara vez se da entre el campesinado, cuya vida social es demasiado localizada y autosuficiente para generar en ellos un interés en aceptar los proyectos «homogeneizantes» del estado. La familia y la pequeña comunidad rural normalmente juegan un papel crucial en el mantenimiento de la lengua y de las tradiciones.

La segunda estrategia en contra del estado es la «lucha armada», que consiste en un intento por parte de algunos grupos nacionalistas de desafiar el monopolio de la violencia estatal. La lucha armada socava el poder del estado al mostrar que éste es incompleto, que los representantes del estado son vistos como fuerzas de «ocupación» y que debe reconocerse una situación de guerra. A modo de ilustración, otra vez procedente de la España del siglo XX, podemos fijarnos en las actividades del movimiento separatista vasco ETA (*Euskadi ta Alkartasuna*) en los años cincuenta y sesenta, como un ejemplo de oposición a la dictadura de Franco y a la fuerte represión ejercida por ésta. Cuando la lucha armada tiene lugar en un estado en el que las minorías nacionales están fuertemente reprimidas puede surgir un sentimiento de complicidad entre los miembros de la comunidad. Esto no quiere decir que todos los integrantes de la minoría nacional apoyen la lucha armada o piensen que es la mejor y la única opción, pero muy pocos proporcionarán información a los representantes del estado o negarán su ayuda a los miembros de los grupos armados. Se podría decir que el miedo a las represalias constituye una razón de peso, pero aún más importante es el hecho de que, como puntualiza Pérez-Agote en relación al País Vasco durante este período, casi todas las familias tenían a uno de sus miembros o amigos en la cárcel, o sufría los efectos de una brutal represión.³⁵ En tales circunstancias, la conciencia de formar una comunidad, la identificación con un conjunto de símbolos y de creencias, y la voluntad de decidir sobre un destino político común, incrementan y refuerzan el nacionalismo.

El nacionalismo como ideología

El nacionalismo como principio político sostiene que la nación y el estado deberían ser congruentes. Si aceptamos la democracia y la soberanía popular como las formas más válidas de gobierno, entonces la autodeterminación de las naciones no es más que una consecuencia de estas ideas. Pero ¿contiene el nacionalismo una doctrina capaz de informar la acción política? Si un país está gobernado por un «partido nacionalista», ¿nos dice esto algo acerca de la política que va a seguir? Los partidos nacionalistas en los estados-nación y en las naciones sin estado cumplen funciones diferentes y muestran características distintivas.

Cuando la nación y el estado son coextensivos, la palabra «nacionalista» no suele emplearse como etiqueta política, puesto que se asume que todos los partidos son «nacionalistas» en el sentido de que la nación que representan ya tiene un estado propio; el «nacionalismo» se da por sentado. Sólo en muy pocas ocasiones se define un partido como nacionalista en un estado-nación. Esto sucede, por ejemplo, cuando un partido trata de imponer una política que implica la expansión del estado-nación (como el Partido Nacional Socialista en Alemania antes de 1939); o cuando el estado-nación está amenazado de una manera u otra y el partido necesita recalcar su carácter nacional, quizá a fin de apelar a cierto tipo de comportamiento por parte de los ciudadanos (en tiempo de guerra principalmente, pero también en tiempo de paz, la llamada a la unidad nacional y a los valores nacionales sirve para estimular un sentimiento de comunidad entre todos los ciudadanos); o en países del Tercer Mundo, donde el aparato del estado está bajo el control de un gobernante extranjero —normalmente el colonizador, o gente respaldada por él— y algunos partidos se presentan como «nacionales» a fin de subrayar su carácter genuino y su no dependencia de agentes foráneos. Otra cuestión nos remite al uso que hacen algunos políticos de las reivindicaciones nacionalistas para justificar sus actuaciones. En los estados-nación es muy común legitimar medidas impopulares específicas apelando a «la necesidad de hacer un sacrificio por la nación», afirmando que «nuestra nación merece el esfuerzo», etc.

En naciones sin estado nos encontramos con un fenómeno radicalmente distinto. Allí donde el estado busca la homogeneización e ignora la existencia de otras naciones dentro de su territorio, los partidos nacionalistas que representan a las minorías nacionales excluidas del sistema político son a menudo clandestinos. La solidaridad y la cooperación entre los partidos nacionalistas puede conducir a la defensa de una plataforma unitaria con reivindicaciones comunes. Su

primer y más importante objetivo es que el estado reconozca su existencia y legalidad; si esto ocurre, el estado casi nunca reconoce explícitamente la existencia de otras naciones dentro de su territorio, pero, especialmente si el estado trata de presentarse como democrático, necesita mostrar cierto respeto por las minorías nacionales que contiene, aunque ignore su exigencia de formar un estado propio. El estado normalmente se niega a conceder el estatus de «naciones» a esas minorías, puesto que tal concesión socavaría su integridad como estado-nación y cuestionaría su legitimidad. De ahí surge la necesidad de inventar otros términos como regiones, minorías étnicas, pueblos y provincias autónomas.

En primer momento, por tanto, el nacionalismo puede servir como un factor de unificación entre los partidos que luchan por la supervivencia de la «nación» y denuncian su discriminación en el acceso a los bienes y los recursos como resultado de la política del estado. Pero, una vez se ha conseguido un cierto grado de autonomía política o cultural, las alianzas suelen desintegrarse y dar paso a la formación de nuevos partidos. ¿Por qué? Voy a plantear que mientras que el nacionalismo proporciona una serie de objetivos —la creación de un estado, la reconstrucción de la nación, el desarrollo y el estímulo de la cultura y de los intereses nacionales—, no indica la dirección que debe tomarse, o los métodos que deberían adoptarse para conseguirlos. En mi opinión, el nacionalismo no da cuenta del contenido y de los medios de acción de un partido, excepto durante un período de extrema represión y oposición completa al estado. El nacionalismo no determina qué política deben apoyar sus partidarios. No basta con saber dónde se quiere ir, hay que descubrir y decidir también cómo se va a llegar allí. Así, podemos encontrar partidos nacionalistas que siguen estrategias conservadoras, marxistas, socialdemócratas o liberales.

¿Entonces, por qué el nacionalismo es tan importante? A mi modo de ver, su significación radica en su capacidad de expresar la voluntad de un pueblo que desea decidir su propio destino político, ser respetado y desarrollar una cultura y personalidad propias. Estos aspectos son funciones de una «necesidad de pertenecer» y de un sentido de mantenimiento de la integridad social y psicológica. El nacionalismo tendría poco sentido en un mundo en el que las buenas relaciones entre las culturas fueran posibles, donde los estados poderosos no sintieran la tentación de absorber a los más pequeños. Cuando, en vez de disfrutar de un multiculturalismo pacífico, las naciones sienten la amenaza constante de ser aniquiladas y los países subdesarrollados necesitan luchar contra la explotación extranjera, librando un combate desesperado para poner fin al hambre de su población o para ex-

plicar por qué pasa hambre, el nacionalismo proporciona una herramienta potente y útil, capaz de despertar sentimientos apasionados en defensa de la comunidad nacional propia. La ausencia de nacionalismo en el futuro sólo puede ser el resultado de la consecución de una comunidad internacional pacífica que respete y estimule el multiculturalismo, o bien la señal de que un proceso de homogeneización cultural mundial ha tenido éxito.